

Transformaciones sociales (200 años de *Cartas Marruecas*)

MIGUEL ESCUDERO *

LAS apariencias siempre han sido muy valoradas. Podemos perdernos en la sonoridad de las palabras, en la grandilocuencia de los conceptos y en el gesto eficaz y misterioso, pero la técnica de *cubrir* las apariencias oculta muy a menudo pereza e impotencia para ser lo que se pretende. En el siglo xvii, el delbelador de conciencias que era La Rouchefoucauld decía que «au lieu d'être en effet ce qu'ils veulent paraître, ils cherchent a paraître ce qu'ils ne sont pas».

Al siglo siguiente y en su Discurso preliminar al primer tomo de la Enciclopedia —o *Dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers*— (1751), d'Alembert arremetía contra la pereza y la decadencia del buen gusto, instalados lamentablemente en el mundo de la cultura. Achacaba estos defectos a la *manía del lucimiento del ingenio* y al mal uso de la filosofía. Esta situación le parecía intolerable; la protección a la ignorancia y el encandilamiento *automático* por lo antiguo *debían* desaparecer en aquel mismo siglo, el «nuestro», «que se cree destinado a cambiar las leyes de todo género». De hecho, «todo tiene revoluciones previstas, y la oscuridad terminará en el nuevo siglo de luz». Tras el método científico de la *revolución* se estaba gestando una nueva plaga: la *demagogia*. Ahora bien, proseguía d'Alembert: «librémonos, sin embargo, de desear una revolución tan temible: *la barbarie dura siglos*, y parece que es nuestro elemento; *la razón y el buen gusto son pasajeros*».

A su vez, nuestro Jovellanos imputaba las raíces de todos los males y vicios a la ignorancia y a la pereza. Y consideraba al *buen gusto* como el *talento más necesario* en el uso de la vida. Asimismo, se preguntaba cuánto habría de durar la ciega idolatría profesada por lo antiguo. «¿Por qué no habremos de sacudir alguna vez esta rancia preocupación, a que tan neciamente esclavizamos nuestra razón y sacrificamos la flor de nuestra vida?» (1797). Sin embargo, las actitudes, por resueltas y decididas que sean, topan con que los remedios *aceptables* para cambiar las *costumbres sociales* son lentos. «Alabo a los que tienen valor para decir la verdad, a los que se sacrifican por ella; pero no a *los que sacrifican otros entes inocentes a sus opiniones*, que por lo común no son más que sus deseos

* Barcelona, 1954. Profesor Titular de Matemática Aplicada.

personales, buenos o malos. Creo que una nación que se ilustra puede hacer grandes reformas sin sangre, y creo que para ilustrarse tampoco sea necesaria la rebelión» (1794).

Cualquier reflexión de alcance global que se haga sobre una sociedad no puede pasar por alto sobre la autenticidad de quienes *hacen* de sabios y la autoridad que ejercen, ni sobre el ideal vigente del *hombre de bien* ni, tampoco, sobre la veracidad de los sentimientos individuales y colectivos que afloran en una época. Hay que contar con estos factores si se quiere entender lo que pasa a nuestro alrededor y si se pretende llevar las transformaciones sociales por el camino del progreso humano. Todo esto lo supieron ver excelentemente nuestros mejores ilustrados del siglo xviii. Por ello sus observaciones pueden aún hoy día sernos de utilidad y provecho, y permitírnos meditar para mejorar nuestra calidad de vida nacional.

Siete años después de que el coronel Cadalso muriera junto al peñón de Gibraltar, el *Correo de Madrid* ofreció por entregas a sus lectores el contenido de las *Cartas marruecas*. De febrero a julio de 1789 las *Cartas* de Cadalso fueron viendo la luz; todas ellas, salvo las número 55 y 83; tampoco se publicó la «Protesta literaria del editor» ni el índice. Así, pues, podemos celebrar el segundo centenario de la aparición pública de estas cartas; si bien, no adoptaron forma de libro hasta tres años más tarde. Fueron traducidas al francés en 1808 y al inglés en 1825, aunque en este caso no íntegramente.

«EN BUSCA
DEL
CAMINO»

José Cadalso ya se había ocupado con anterioridad de quienes sabiendo poco aparentan mucha ciencia. *Los eruditos a la violeta* (1772), con sus diversos apéndices, obtuvieron un gran éxito de público. Crédulos e ignorantes son alertados para que no confundan a los «seudoeruditos» con los verdaderos sabios. En los prolegómenos de esa sátira ya advierte Cadalso que esta clase de gente —hombres vanos y locuaces con «exterior de sabio»— siempre se ha presentado en todos los siglos y países del mundo; «ni nuestra era, ni nuestra patria» está libre de ellos. Ahora bien, si en el siglo anterior *no se podía* ser sabio «sin esconderse de las gentes, tomar mucho tabaco, tener mal genio, hablar poco y siempre con voces facultativas, aun en las materias más familiares», ahora se cree que sólo hace falta «entender el francés medianamente, frecuentar las diversiones públicas, *murmurar de la antigüedad* (1) y afectar ligereza en las materias más profundas». Lo que pasa es que «*los siglos son como los hombres: pasan fácilmente de un extremo a otro. Pocas veces se fijan en el virtuoso medio*».

Tanto los nobles como los sabios y eruditos deben ejercer bien su función social: «Envidia, rencor y vanidad ocupan demasiado tales pechos para que en ellos quepa la verdadera alegría, la conversación festiva, la chanza inocente, la mutua benevolencia, el agasajo sincero y la amistad, en fin, madre de los bienes sociales. *Ésta sólo se halla entre los hombres que se miran sin competencia*» (carta XXXIII). No sólo eso, quien es poderoso «no es dueño de los puestos, sino administrador» (carta LV). El sentido solidario de la existencia no se diluye en majezas ni en la vanidad de pasar por sencillo: «El

(1) Nótese el contraste con d'Alembert y Jovellanos, y véase la carta marrueca núm. 4.

hombre grande nunca es mayor que cuando se baja al nivel de los demás hombres, sin que esto le quite el remontarse después adonde lo encumbra el rango de la esencia suprema que nos anima» (carta LXXVI). Después de todo, puede hablar así, sin ser objeto de suspicacia, porque: «no soy político, ni aspiro a serlo; deseo sólo ser filósofo» (carta LIX). Tampoco quiere cometer los desatinos «del que se cree sabio» (carta XXX), y no se le escapa que «*la conservación propia del individuo es tan opuesta al bien común de la sociedad, que una nación compuesta toda de filósofos no tardaría en ser esclavizada por otra*» (carta LXXI). El sentido agónico de Unamu-no parece palpar tenuamente en esta frase de Nuño. De todas maneras, como Gazel le señala a Ben-Beley: «me guardaré de creer que haya habido siglo en que los hombres hayan sido cuerdos. Las extravagancias humanas son tan antiguas como ridículas; y cada era ha tenido su locura favorita» (carta LXXXII). Pensamiento que está bien lejos tanto de la fábula mítica como del redentorismo. En la misma carta se recuerda a los infalibles e «infatuados hombres de moda», llenos de gusto por la ostentación y por la vanidad, con «el alto concepto en que se tienen a sí mismos» y «el sumo desprecio con que tratan a *los otros*».

Está claro lo que se puede esperar del futuro que preparan para la patria los ramplones profesores que «creen en su fuero interno que es desatino físico y ateísmo puro todo lo que ellos mismos no enseñan a sus discípulos y no aprendieron de sus maestros», que «la poesía es un pasatiempo frívolo», que «la física moderna es un juego de títeres» y que las matemáticas son «embuste y pasatiempo». Así, con lágrimas en los ojos, «cuéntese por nada lo dicho, y pongamos la fecha desde hoy, suponiendo que la península se hundió a mediados del siglo xvii y ha vuelto a salir de la mar a últimos del xviii» (carta LXXVIII).

VALOR Y HOMBRÍA DE BIEN

¿Cuáles son las cualidades que se deberían fomentar en la educación? Jovellanos quería que todas se fundamentasen en la ciencia de la *virtud*. Cadalso, por su parte, declara en la Introducción a las *Cartas* que él no pretende ser más que un hombre de *bien*. Aun sabiendo, tal como Nuño le escribe a Gazel en la carta LII, que «la virtud está muy desairada en la corrupción del mundo para tener atractivo alguno. Su mayor trofeo es el respeto de la menor parte de los hombres». Las cosas son como son: «entre ser hombres de bien y no ser hombres de bien, no hay medio». Pero Cadalso no se cierra consigo mismo y con los *suyos*: «No basta ser *buenos* para sí y para otros pocos; es preciso serlo o *procurar serlo para el total de la nación*» (carta LXX). Más todavía; parte del convencimiento de que «*no es el género humano tan malo como otros lo suelen pintar, y como efectivamente le hallan los que no son buenos*» (carta XL).

Es interesante señalar que d'Alembert elogiaba de Descartes su «mucho *valor para combatir* los prejuicios más generalmente admitidos, y ninguna clase de dependencia que le obligara a tratarlos con miramiento». Por otro lado, el cosmopolita Leandro Fernández de Moratín —totalmente desacomplejado como español— no tenía ningún rubor en afirmar, tras su estancia en Londres, que el populacho de esa capital podría «apostárselas en ferocidad e ignorancia al pri-

mero en Europa» y que, excepción hecha de los sabios ingleses, muchos destacan por la «ridícula altanería y presunción que nace y vive con ellos». De este modo, «cuando se observan de cerca las naciones, aun aquellas que, no sin motivo, son admiradas, ¡cuánta consolación ofrecen a los errores y defectos de los demás!».

Cadalso, que tampoco es de esos «que se avergüenzan de haber nacido de este lado de los Pirineos», es receptivo a las atenciones recibidas como forastero y las reconoce con generosidad. Hablando de Francia, dice Gazel: «he hallado en sus provincias (que siempre mantienen las costumbres más puras que la capital) un trato humano, cortés y afable para los extranjeros, no producido de la vanidad que les resulta de que se les visite y admire (como puede suceder en París), sino dimanado verdaderamente de un *corazón franco y sencillo, que halla gusto en procurárselo al desconocido*. Ni aun dentro de su capital, que algunos pintan como centro de todo el desorden, *confusión y lujo*, faltan hombres verdaderamente respetables» (carta XXIX). Cadalso se sabe señalado por unos como «mal español» y por otros como «bárbaro» que no sigue la moda, pero él insiste en que el amor a la patria si no es dirigido por el entendimiento, «puede muy bien aplaudir lo malo, desechar lo bueno, venerar lo ridículo y despreciar lo respetable» (carta XLIV); por tanto, «el patriotismo mal entendido, en lugar de ser virtud, viene a ser un defecto ridículo y muchas veces perjudicial a la misma patria» (carta XXI).

No hay, pues, patriotismo digno de tal nombre si no va acompañado de *virtud*. En la carta XVII, Ben-Beley le da a Gazel pautas para cultivarla: que permita «alabar al Ser Supremo con rectitud de corazón; tolerar los males de la vida; no desvanecerte con los bienes; hacer bien a todos; vivir contento; *esparcir alegría entre tus amigos; participar sus pesadumbres, para aliviarles el peso de ellas*».

Montesquieu, de quien se conmemoró el pasado año el tercer centenario de su nacimiento, afirma en una de sus *Lettrespersones* (1721) —carta XL— que no tenemos casi nunca más que *falsas* tristezas o *falsas* alegrías. Predomina, por consiguiente, una radical confusión acerca del sabor de la vida, la de cada uno. Nuestra sensibilidad puede revestirse de criterios de valoración tan *erróneos*, que le impidan discernir lo esencial de una *auténtica* alegría o de una *mera satisfacción*, de una *profunda* tristeza o de una *penosa* contrariedad. Una desordenada afición por exhibirse y por aparentar hace estragos en la personalidad de un individuo o de un pueblo. Así, dice Rica en la carta C que a los franceses les parece *siempre* ridículo lo que es extranjero, pero «ils avouent de bon coeur que les autres peuples sont plus sages, *pourvu qu'on convienne qu'ils sont mieux vêtus*».

Como dice Cadalso: «no nos dejemos alucinar por la apariencia, y vamos a lo substancial». En la noble e interminable búsqueda de *autenticidad* hay que salvar «*la epidemia de la imitación*», por la cual «los hombres se sujetan a pensar por el entendimiento de otros, y no cada uno por el suyo» (carta XLI). No podemos dejar-

PATRIA Y VIRTUD

EL SABOR DE LA VIDA

nos arrastrar por la pasión de la ignorancia ni prestar oído tampoco —esto significa *desobedecer*— a las lisonjas dirigidas a nuestro amor propio y a nuestro orgullo.

**EL MAS
ALTO
OFICIO DE
LA
LITERATURA**

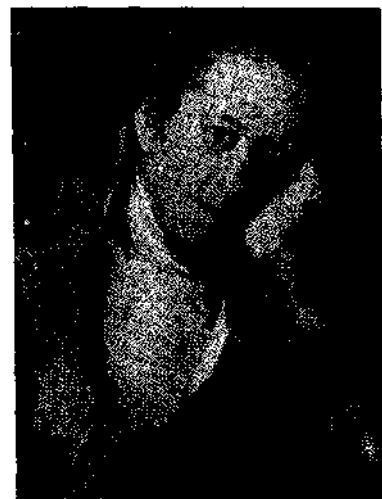
José Cadalso no habla explícitamente de manipulación de las conciencias mediante el lenguaje. Pero *nos recomienda* que reservemos tiempo al estudio de nuestro idioma y que *evitemos* el despojo de sus naturales hermosuras, «cuales eran laconismo^ abundancia y energía» (carta XLIX). Jovellanos habló más, y largo y tendido, sobre estos asuntos. Para él, la educación —la sólida y verdadera ilustración— es el *único dique* capaz de evitar que la demagogia, con el atractivo de «doctrinas dulces y seductoras», se apodere de una juventud ignorante, incauta y adulada. Hay que dominar el arte de bien hablar. El sabio asturiano conocía bien que «las ciencias *rectifican el juicio* y le dan exactitud y firmeza», pero de qué sirve atesorar muchas verdades si no se saben comunicar. Hay que rescatar a la verdad del «oscuro científico aparato», «simplificarla, acomodarla a la comprensión general, e inspirarle aquella fuerza, aquella gracia que, fijando la imaginación, cautiva victoriosamente la atención de cuantos la oyen». Y ese poderoso arte de mover y conmover los corazones es «el más alto oficio de la literatura».

**EL PARTIDO
DE LOS
RICOS**

Jovellanos tenía por indudable que «el lujo corrompe las costumbres», pero «absolutamente hablando, el lujo no nace de la riqueza». El verdadero origen del lujo hay que buscarlo en el amor propio que siempre aspira a *distinguirse y singularizarse*, y que en todas partes es patrimonio del hombre. No obstante, la riqueza fomenta el lujo «donde las leyes autorizan la desigualdad de las fortunas; cuando la mala distribución de las riquezas pone la opulencia en pocos, la suficiencia en muchos y la indigencia en el mayor número, entonces es cuando un *lujo escandaloso devora* las clases pudientes (...)» (1802).



José Cadalso.



M. G. de Jovellanos.

Tras reflexionar sobre la vanidad de la fama postuma, Cadalso se queja de la extensión de un estilo de vida prosaico: «Lo cierto es que en realidad es excesivo el número de los que miran el último día de su vida, como el último de su existencia en este mundo.» Reconoce los daños de la *época del lujo*, pero ponerse a declamar contra ese *desarreglo* o ponderar sus consecuencias «me parecería tan infructuosa empresa como la de querer detener el flujo y el reflujo del mar o el oriente y ocaso de los astros» (carta LXXXVIII). Ahora bien, ¿por qué el lujo es por lo común dañoso?: «Hablando no como estadista, sino como filósofo», porque «multiplica las necesidades de la vida, emplea el entendimiento humano en cosas frívolas y, dorando los vicios, hace despreciable la virtud, *siendo estala única que produce los verdaderos bienes y gustos*» (carta XLI). Además, no se debe olvidar que «el *impolítico* del lujo» es «el reflujo de los caudales *excesivos* de los ricos a los pobres».

Un lujo del siglo de las luces fue considerado Benjamin Franklin, «aquel hombre admirable, honor de nuestro siglo, que quitó el rayo a Júpiter y el cetro a los tiranos», en palabras de Moratín. A los ojos de su tiempo, el jovial Franklin *representaba* el arquetipo de un nuevo orden, y como tal héroe esperado fue aclamado en Francia. No parecía diplomático ni político ni «filósofo», pero era las tres cosas a la vez. En otoño de 1776, embarcado en el *Reprisal* y antes de alcanzar las costas europeas, supo realizar el supremo gesto de *sencillez* que anhelaba la sociedad que iba a recibirle: se quitó su blanca y señorial peluca y la arrojó al mar.

Pero, aunque los gestos sean importantes, no se vive de ellos. Las transformaciones sociales podrán llevarnos por el camino del progreso humano en la medida en que no quiebren lo esencial: la efectiva *conciencia* de constituir una comunidad formada por personas —y, por ello, seres humanos con la misma dignidad—. Desde ese espíritu de concordia y convivencia, con el avance de una conciencia humanista, liberal y *progresista* y sin más proclamas que nuestra conducta, podremos encarar con sensibilidad, imaginación e inteligencia nuestras muchas limitaciones individuales y colectivas.

**EL HOMBRE
PRIMITIVO,
BONDADOSO Y
SABIO**